

de un sér humano por satisfacer alardes basados en ambiciones de ladrón!

Muerto, le seguirá el desprecio; matador, el *anathema* de las gentes honradas.



En vísperas de un duelo está España.

Duelo al que va contra su voluntad, contra su deseo; obligada, arrastrada. Después de hacer su examen de conciencia, debe estar tranquila.

Durmamos hasta el sábado.

Si sucumbimos, acompañará á nuestra derrota el respeto de la humanidad.

Si vencemos, la admiración de la historia.

Al encuentro, pues.

El que lucha por la razón, triunfa en definitiva.



LOS HÉROES DEL DÍA.

Son dos. Uno está allí, en la Habana, en ese pedazo de tierra española hoy *víctima* de un bloqueo bufo, al que acaba de poner música el capitán del *Montserrat*, con un *trágala* á toda orquesta; el otro anda por las calles de Madrid, ignorado, desconocido; su acción ha hecho palpitár todos los corazones, su nombre no ha podido grabarse en ninguna memoria; ni lo dijo, ni se lo preguntaron. El héroe de allí es un millonario y se llama Argüelles; el de aquí, es una pobre viuda y se llama MADRE.

El primero ha dicho á Blanco: «Ahí van

dos millones de duros para lo que haga falta. Gástelos V. E., general» La segunda ha exclamado ante el coronel de la zona correspondiente: «Yo quería librar á un hijo... ¿Qué dice usted? ¿Que hay guerra con otros? Pues, entonces, nada; que vaya; y si lo matan, que lo maten. Para algo ha nacido mi hijo en España; para dar su sangre por ella.»

El millonario ha enviado su oro á la capitania general de la Habana. La viuda ha mandado á su hijo al cuartel.

La simple noticia de estos hechos, referida por los periódicos, entusiasma. Cuando recorremos con los ojos el párrafo donde la noticia se encierra, sustituimos la palabra lectura con la palabra admiración; y cuanto más se reflexiona en esos hechos, cuanto más se relea el acto por ambos seres realizado, más grandes resultan ellos y más sublime su sacrificio.

Entregar la vida propia no es nada; lo hace cualquiera, muchas veces sin necesidad,

por gusto, en un pique de amor propio, en un imbécil alarde de matonería, por darle gusto á una *ella*, ó por no ser menos que un *él*. Pero entregar la vida de un hijo, cuando puede redimírsele con un puñado de pesetas, vaciar la bolsa cuando pueden apretársela los cordones, es, llegar á lo extraordinario, dentro de lo heroico; es vencer los dos mayores egoísmos que existen: el de la matriz y el del arca; es hacer insensible á la maternidad y sensible al billete de Banco; es realizar en nombre de la patria dos operaciones quirúrgicas estupendas: Quitar el corazón á una madre y dar corazón á una caja de valores.

Eso es lo que han hecho Argüelles en la Habana, y la viuda sublime, cuyo nombre desconocemos, en Madrid.

Sería cosa de sorprenderse si en España lo extraordinario no resultase natural, si no fuera condición de nuestra raza llevar en estos casos de honra la generosidad hasta el despilfarro y el sacrificio hasta el martirio.

Pero si no sorpresa, sí que producen admiración grande estos arranques de patriotismo, hechos sin alarde de ninguna especie, con franca y sublime sencillez.

El Argüelles de los diez millones de pesetas llegó á Cuba sin una. En fuerza de trabajos, de empresas, de combinaciones mercantiles más ó menos arriesgadas, de explotaciones que desconozco, pudo realizar lo que para muchos hombres, para los hombres de negocios principalmente, significa la dicha suprema: un gran capital. El oro, los caudales, las enormes riquezas con que soñara durante su travesía por el Océano, con que siguió soñando al poner el pie en Cuba, se convirtieron con los años en realidad cotizabile. Argüelles, triunfador en los combates por el dinero, sacó de su victoria un cuantioso botín.

La aspiración de su vida se encontraba satisfecha con creces: era rico. No tenía por qué preocuparse.

Sus fiebres, sus vigiliias, sus temores, sus

ambiciones, las sacudidas de sus nervios y las inquietudes de su espíritu, veíanse al fin recompensados. El producto de su trabajo y el del ajeno se habían transformado en capital. Era rico, y la riqueza estaba al alcance de su mano convertida en montones de oro que rebasaban las esportillas de pleita, en talegos de plata que se alineaban contra las paredes de su cueva, en fajos de billetes prensados entre los estantes de la caja, en papel del Estado, en acciones de minas y ferrocarriles, en escrituras de propiedad...

No había temor de que se bamboleara el edificio. Era firme, con el cimientó hondo y los muros macizos.

Logrado su objeto, á Argüelles sólo le restaba una tarea. Comerse su dinero en paz. Dar á su vejez el reposo de que le privara la fiebre de oro que le atacó en su juventud.

Y, sin embargo, al contemplar la patria en peligro, ese viejo capitalista abre su caja;

el egoísmo del negociante se encoge; el capital se humaniza; el oro se conmueve, y su dueño, cogiendo no uno, no dos, diez millones de pesetas, exclama: «¡Ahí van, general! Disponga usted de ellos. Lo que el negociante acaparó en treinta años de lucha, lo ofrece en una hora de patriotismo; lo que adquirí para dorar mi vida, lo entrego para salvar á España... A otra cosa.»

Es la única vez que el capital me ha sido simpático. Bien es cierto que se ha vestido de patriota.

Y si el rasgo de Argüelles es grandioso, ¿qué calificativo merece el rasgo de la madre desconocida, que pudiendo redimir á su hijo, lo manda al combate?...

El hijo, la entraña convertida en hombre, el placer hecho carne, la resultante de dos vidas que se yuxtaponen para producir una vida nueva, *eso* que la madre quiere más que á todo, por encima de todo; el retoño fuerte, la esperanza de la vejez, el amor, el apoyo, el consuelo; y *eso* puede morir en los

horrores de la pelea, puede ir al combate y no volver. La madre, la viuda, puede encontrarse sola, sin amor, sin amparo, sin unos labios que besen su cabellera cana, sin un brazo robusto que sostenga su cuerpo tembloroso hasta las puertas del cementerio. A esa madre le es fácil redimir á su hijo, tenerlo á su lado, conservarlo para ella... Y esa madre sabe que el extranjero nos ultraja, que la patria necesita hombres, que la honra española está sedienta de desquite y grita con acento que parece brotar de la tierra profanada de Esparta: «No; no lo redimo; que vaya y que cumpla con su deber.»

¡Que acciones tan hermosas!

Mejor aún: ¡Qué ejemplo!...

Argüelles se lo da á los capitalistas de España; la viuda sin nombre á todas las madres españolas.

—¡Dad vuestro dinero!—grita el uno.

—¡No detengáis á vuestros hijos, alentadlos!—exclama la otra.

Hermoso ejemplo que todos deben seguir; no en balde es rojo y amarillo el color de nuestra bandera; rojo y amarillo, emblema, mejor que emblema, símbolo, de lo que hoy exige la patria. Oro y sangre.

Y oro y sangre hay que dar para que los colores de la bandera se conserven sin mancha.

Para conservar el color rojo no se regateará la sangre.

¿Seguirán los capitalistas españoles el ejemplo de Argüelles, para conservar el color amarillo?



CAMPOAMOR.

El gran anciano, llaman los ingleses á Gladstone. A semejanza del insigne político, es Campoamor el gran anciano de la lírica española contemporánea.

Ninguno de los poetas vivos le iguala en grandeza, en verdad «verdadera», en sentimiento «sentido», en sacar por los puntos de la pluma, sin oropeles lingüísticos, sin frases rimbombantes, sin zarandajas de guardarropía, el jugo de su cerebro y los latidos de su corazón. Sus ideas caen sobre el papel, para que el público las goce, como las mujeres hermosas y honradas en el lecho para